El cura y el diácono

Érase una vez un pope y un diácono. La parroquia era pobre, no había con qué calzarse ni vestirse, y no había nada que poner a la cabecera de la cama. Así que se les ocurrió cómo hacerse con unos zapatos. El diácono dice:
— Vamos, pope, yo robaré y tú adivinarás.
El pope pregunta:
— ¿Qué vas a robar?
— ¡Caballos! Los esconderé. Tú cobrarás dinero —contando cosas sobre los caballos.
Bueno, el diácono salió por la noche, se llevó un tiro de tres caballos y los metió en un barranco.
— Bueno, pope, me llevé el tiro de tres y lo metí en el barranco. Te enviaré a unos campesinos, tú les adivinarás, leerás por el libro negro, cobrarás cien rublos. ¡Chito, dinero a medias!
Bueno, el diácono vio a los campesinos a los que les había robado los caballos y les dijo:
— Vayan al pope: él les adivinará algo sobre los caballos.
Los campesinos se alegraron y enseguida se fueron al pope.
— Ay, padre, padre espiritual, tú ves la luz: ¿no sabrás dónde está el rastro de nuestros caballos?
— Nada sé, amigos, a no ser que adivine en el libro negro —lo sabré todo. Vengan por la mañana.
Vinieron por la mañana y el pope dijo:
— Bueno, campesinos, vuestros caballos están en el bosque: solo que el camino no se lo diré, ¡denme cien rublos!
— Cien daremos, solo cuéntenos el camino, llévennos hasta los corceles.
Los campesinos sacaron los cien y se los dieron al pope avaro. El pope tomó los cien y les contó lo de los caballos:
— Vayan al campo, los caballos están en el hoyo, comiendo paja de centeno.
Los campesinos fueron al campo y encontraron a los caballitos.
Al día siguiente era fiesta —domingo—, a la hora de la misa —¡din-don! Bueno, llegaron las buenas gentes a la misa y se pusieron a rezar. Terminó la misa, el diácono toma una hoja de papel y lee un sermón nuevo:
— ¡Escuchen, seglares, lo que les voy a leer! Nuestra parroquia es po-o-obre, no tenemos de qué co-o-mer; el diácono se disponía a ro-o-bar caballos, y al pope le mandó adivi-i-nar. ¿Me oyen, seglares? El diácono se llevó un ti-i-ro de tres ca-a-ballos, los llevó al ba-a-rranco, al po-o-pe se lo di-i-jo; él lo su-u-po por el libro

negro, y a los campesinos les tomó cien rublos y les contó lo de los caballos...
Y el pope dice:
— Lo dijo un tu-u-nto, un tu-u-nto de diácono, no vayas diciendo bo-o-badas a todo el mu-u-ndo, ¡solo tú y yo! Y la misa, hermanos, ¡se acabó!